

Miguel León-Portilla

La California mexicana
Ensayos acerca de su historia

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

EPÍLOGO



XVI

CALIFORNIA: TIERRA DE FRONTERA

Entre las incontables fronteras con que los seres humanos han querido parcelar su mundo ha habido algunas que parecen concebidas a medio camino entre la realidad y el mito. No quiere decir esto que se trate de meras fantasías. Hasta hoy quedan varias de esas fronteras, quizás más de las que pudieran pensarse. Una de ellas, a medio camino entre la realidad y el mito, se nos presenta, como vamos a verlo, en el mundo fabuloso de lo que ha sido y sigue siendo California. Diré mejor las Californias, porque de la primera y más antigua que hoy algunos despectivamente llaman Baja, se derivó y luego se desgarró con violencia la que se tuvo como la Alta y hoy luce esplendente, dueña ya sin adjetivos del mágico nombre de California.

Menos de cincuenta años después de que se inició el *Encuentro de Dos Mundos*, en medio de incontenibles afanes de expansión, ocurrió la convergencia de dos antiguos mitos, uno mesoamericano y otro mediterráneo. Esa convergencia, tal vez no fortuita, trajo consigo inspiración y anhelos por alcanzar aquello de que hablaban los viejos relatos. Escenario propicio era el Nuevo Mundo para que se propalaran en él noticias acerca de lugares y países de fabulosas riquezas.

Nació así una portentosa geografía imaginaria, como la de la Tierra Florida con la fuente de la eterna juventud, la de las Siete Ciudades y el país de El Dorado, que debía ser el más rico del orbe. Pues bien, en esa portentosa geografía imaginaria —frontera primigenia entre lo mítico y lo real— surgió en el Nuevo Mundo, California.

En California, las fantasías y los mitos del Viejo y del Nuevo Mundo, tal vez como en ningún otro lugar, se encontraron y entrelazaron. Comenzaré recordando lo que Hernán Cortés escribió a Carlos V sobre lo encontrado por dos de sus hombres que había despachado hacia el poniente:

Yo tenía, muy poderoso señor, alguna noticia, poco había, de otra Mar del Sur y sabía que por dos o tres partes estaba a doce y a trece y catorce jornadas de aquí[...] Y con tal deseo[...] despaché cuatro españoles, los dos por ciertas provincias y los otros dos por otras, e informados de las vías que habían de llevar y, dándoles personas de indios amigos que los guiasen.

Dos españoles se detuvieron algo más porque anduvieron cerca de ciento cincuenta leguas por otra parte hasta llegar a la dicha mar, donde tomaron dicha posesión[...]¹

Esa toma de posesión en las costas mexicanas del Mar del Sur, es decir del océano Pacífico, tuvo lugar en 1522. Un año más tarde, el capitán Gonzalo de Sandoval, según lo refiere el mismo Cortés:

Trajo nueva de un buen puerto que en aquella costa se había hallado[...] y asimismo se trajo relación de los señores de la provincia de Cihuatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso y las que quedan preñadas, si paren mujeres, las guardan, y si hombres, los echan de su compañía[...] dícame asimismo que esta isla es muy rica de perlas y oro[...]²

Cihuatán significa en lengua náhuatl “lugar de mujeres”. Según el pensamiento indígena, las mujeres que morían de parto, es decir, con un prisionero en su seno, acompañaban al sol en su marcha por el cielo, como también lo hacían los guerreros que perecían en combate. Éstos marchaban con el sol desde el alba hasta el zenit. Las mujeres eran compañeras suyas, del zenit hasta el ocaso o sea hacia el poniente.³ Allí se situaba Cihuatán, “lugar de mujeres”, y la gran isla muy rica de perlas y oro. Lo así referido a Cortés por el capitán Gonzalo de Sandoval venía a coincidir con antiguas leyendas del Viejo Mundo que hablaban de otra gran isla, poblada también de mujeres y asimismo rica en codiciados tesoros. Conocido es que en un célebre libro de caballerías, *Las sergas de Esplandián* de Garci Ordóñez de Montalvo, publicado a principios del siglo XVI, y que muy probablemente habían leído o leían por ese tiempo algunos de los hombres de Cortés, se evoca precisamente el viejo mito de la isla habitada sólo por mujeres. He aquí el texto de *Las sergas de Esplandián*, que se entrelazó entonces en coincidencia que parece portentosa, con el relato de Cortés en el que éste habló de antiguas creencias indígenas:

Quiero agora que sepáis una cosa, la más extraña que nunca por escritura ni en memoria de gente ningún caso hallar se pudo: Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California[...], la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún hombre entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su manera de vivir[...] la ínsula en sí la más fuerte de rocas

¹ “Tercera Carta de Relación de 15 de mayo de 1522”, en Hernán Cortés, *op. cit.*, pp. 191-192.

² *Ibid.*, p. 232.

³ Acerca de estas creencias de los antiguos mexicanos, véase: Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, sexta edición, México, UNAM, 1986, p.208.

y bravas peñas que en el mundo se hallaba; sus armas eran todas de oro[...] que en toda la isla no había otro metal alguno[...]

Y algunas veces que tenían paces con sus contrarios, mezclábanse con toda seguridad unas con otros, y había ayuntamientos carnales, de donde se seguía quedar muchas de ellas preñadas y, si parían hembra, guardábanla y, si parían varón, luego era muerto[...]⁴

Los mitos del Viejo y del Nuevo Mundo quedaron entrelazados. La isla de las mujeres, más allá de las costas visitadas por Gonzalo de Sandoval, iba a recibir el nombre de esa otra ínsula situada a la mano diestra de las Indias, y de este modo California haría su aparición en la primigenia frontera entre la leyenda y la realidad. California recibió así para siempre su mágico y perdurable destino de frontera. Otros mitos del Viejo y del Nuevo Mundo confirmarían poco después tal destino de mágica frontera. Recordaré tan sólo el de las Siete Ciudades, de vieja raigambre medieval, originando la creencia acerca de otras tantas urbes fundadas, según se decía, más allá del Mar Tenebroso por obispos portugueses escapados de manos de los invasores musulmanes. El visionario fray Marcos de Niza, en una expedición que hizo en 1539 a tierras colindantes con California, dijo haber contemplado dichas Siete Ciudades. Anunció él entonces que eran en extremo ricas en oro y otras muchas maravillas. Y aunque el mito de esas Siete Ciudades se desvaneció a la postre, otro perduró: el de las Siete Cuevas, *Chicomóztoc*, legendario lugar de partida de la peregrinación de los aztecas o mexicas.

EN BUSCA DE LA TIERRA QUE IBA A LLAMARSE CALIFORNIA

Como un velo que se rasga, los mitos dejaron ya abierto el camino a las realidades. El insaciable Hernán Cortés que, consumadas sus conquistas en México, había enviado en 1527 tres navíos con rumbo a las Molucas, quiso alcanzar también esa otra isla rica en perlas y poblada sólo de mujeres. Una de las embarcaciones que había despachado a las Molucas cruzó el océano y llegó a su destino. Quedaba, en cambio, como un reto alcanzar la otra supuesta gran isla. No sabía Cortés si era ella o no parte del Asia. Dando entrada a la posibilidad de que tal isla fuera la de Cipango (Japón) o tal vez parte de Catay, es decir, de la China. Al encomendar una expedición en 1532 a Diego Hurtado de Mendoza, entre otras órdenes le dio la de estar atento a las embarcaciones con que pudiera toparse, ver si acaso eran mejores y más poderosas que las que él enviaba; ver también

⁴ Garcí Ordoñez de Montalvo, *Las sergas del virtuoso caballero Esplandián, hijo de Amadís de Gaula* (Sevilla, 1510), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1857, p. 539.

con disimulo si en los atavíos de quienes venían en ellas había objetos de oro, perlas o piedras preciosas[...]”⁵ De Acapulco zarparon entonces dos navíos, llevando al frente a Hurtado de Mendoza. Esa primera expedición se perdió y sólo unos naufragos dieron noticias de su fracaso. Sin embargo, con ella se puso en movimiento una ambición que perduraría a través de varios siglos: la de rebasar cualquier frontera que estorbara la penetración en California.

En 1533 Cortés dispuso un nuevo viaje. En tanto que uno de sus dos navíos arribó a las islas que hoy se nombran Revillagigedo, el otro con el piloto Fortún Jiménez, que había provocado un motín a bordo de la nao capitana, tocó tierra nada menos que en la que hoy se conoce como bahía de La Paz. El encuentro de los amotinados con los indios guaycuras de la región fue violento. Sólo dos marineros pudieron escapar en un pequeño batel y regresar al puerto de Chiametla en Jalisco. Correspondió al fin al propio Cortés, que en persona salió al mando de tres navíos en abril de 1535, tomar posesión el 3 de mayo de ese año de la que llamó tierra de Santa Cruz. Un primerísimo mapa de California se trazó entonces, que hasta hoy se conserva en el Archivo de Indias en Sevilla. En él, frente a las costas de Jalisco y Sinaloa, aparece el remate de una tierra con el trazo correcto de la bahía de La Paz, sus islas cercanas e incluso el promontorio que hasta hoy se llama el Mogote. Más al norte de lo que en ese mapa se representa, todo está en blanco.⁶

La que muy pronto empezó a conocerse como California salía así del mágico universo de los mitos y se convertía en tierra de frontera, de perfiles en mínima parte conocidos. California comenzó ya desde entonces, por la fama de sus perlas, a ser el señuelo de penetraciones en la geografía de un Nuevo Mundo que se suponía continuaba hacia el noroeste hasta unirse tal vez con el Asia, o quizás separado por supuestos estrechos o pasajes que comunicaran al Pacífico con el Atlántico. California, como tierra de imprecisas fronteras, continuaría siendo un enigma abierto a fantasías en la cartografía universal hasta el último tercio del siglo XVIII.

LA ISLA QUE FUE PENÍNSULA Y VOLVIÓ A SER TENIDA COMO ISLA

Otras maneras de porfía con las realidades del septentrión californiano fueron las penetraciones llevadas a cabo por Francisco de Ulloa, enviado

⁵ “Instrucción que dio Cortés en 1532 a Diego Hurtado de Mendoza...”, *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, editados por Martín Fernández de Navarrete y otros, Madrid, 1884, t. IV, pp. 167-175.

⁶ Una reproducción de éste y de otros mapas que se citan en páginas adelante, puede consultarse en Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de...*

por Cortés, que llegó en 1539 a las bocas del Río Colorado y avanzó luego por el Pacífico hasta más allá de la isla de Cedros. Algo parecido puede decirse del viaje encomendado por el virrey de Mendoza a Francisco Vázquez de Coronado y Hernando de Alarcón en 1540. El primero cruzó la región de las pretendidas Siete Ciudades y avanzó, más allá de Nuevo México, hasta llegar a Kansas. Alarcón repitió la travesía de Ulloa y, entrando por el Colorado, alcanzó la confluencia de éste con el Gila. Una nueva expedición, dos años más tarde, la de Juan Rodríguez Cabrillo, permitió trazar ya mucho del perfil californiano hasta cerca del paralelo 42°. En la cartografía universal maestros tan famosos como Battista Agnese, Alonso de Santa Cruz, Sebastián Caboto, Giacomo Gastaldi, Pedro Medina y los dos grandes, Abraham Ortelio y Gerardo Mercator, representaron el inmenso país de la California no ya como una supuesta isla sino como una gran península que se continuaba indefinidamente hacia el noroeste. Muchos mapas pueden citarse en los que tal es la imagen de California peninsular.

De su perfil oceánico ya se sabía, pero de su interior casi todo se ignoraba. California seguía siendo tierra de frontera de cuyas riquezas y pobladores sólo se propalaban rumores.

Uno tras otro los galeones que, a partir de 1565, zarpaban de Manila con rumbo a Acapulco, después de cruzar el Pacífico, navegaban a lo largo de las costas de California. En medio de las brumas, quienes iban a bordo veían en ocasiones sus grandes sierras pobladas de bosques así como algunas humaredas, signo de presencia humana. Pero California continuaba siendo frontera impenetrable. A principios del siglo XVII un gran navegante, Sebastián Vizcaíno, emprendió un viaje de investigación a lo largo de sus costas, desde cabo San Lucas hasta más allá del cabo Mendocino. Treinta y seis planos de demarcación preparó luego el célebre cosmógrafo Enrico Martínez. Mucho se avanzó en el conocimiento de los perfiles de California.

Sin embargo, la fantasía de uno de los acompañantes de Vizcaíno, el carmelita fray Antonio de la Ascensión, malogró grandemente los resultados de ese viaje. El carmelita volvió a llevar a California a la geografía de lo imaginario. Por obra de sus escritos se difundió la idea de que California no era península sino una enorme isla separada del continente. Y se propaló asimismo que, más allá del extremo norte de esa isla, se abría la entrada del gran estrecho de Aníán que comunicaba los océanos Pacífico y Atlántico. Centenares de mapas se produjeron entonces, de cartógrafos tan famosos como Nicolás Sanson d'Abbeville, Jan Jansson, Cornelius Wifliet y otros muchos más, en que se representó a California como una gran isla. Tal quimera habría de perdurar hasta más allá de principios del siglo XVIII.

CALIFORNIA, "ORILLA DE LA CRISTIANDAD"

Después de muchos afanes, de navegantes, aventureros y buscadores de perlas, el interior californiano se abrió al fin. Fueron los jesuitas, entre ellos el célebre Eusebio Francisco Kino y Juan María de Salvatierra, quienes a fines del siglo XVII extendieron a California la que Herbert Bolton ha llamado "orilla de la cristiandad".⁷ Setenta años más tarde, cuando los dichos misioneros salieron expulsos de todas las posesiones del rey de España, la orilla de la cristiandad llegaba en California hasta la misión de Santa María de los Angeles, cerca ya del paralelo 30° de latitud norte. Eusebio Francisco Kino había realizado más de diez expediciones de exploración para esclarecer si California era isla o península. Con sus mapas, ejemplo admirable de moderna cartografía, puso en evidencia el carácter peninsular de esa tierra.

Sin embargo, las evidencias aportadas por él no fueron universalmente aceptadas durante bastante tiempo. En la península, al salir expulsos, dejaban los jesuitas un doble legado, de grandeza y de tragedia. Las grandes y bellas edificaciones de San Xavier, Loreto, San Ignacio y Santa Gertrudis dan testimonio de sus afanosos quehaceres. La dramática disminución de los habitantes nativos que se produjo durante ese tiempo deja ver lo que en el encuentro de gentes de culturas diferentes puede producirse. Enfermedades antes desconocidas para los indios, así como la introducción de formas de vida que les eran radicalmente extrañas, rompieron su precario equilibrio con el hábitat geográfico en el que durante milenios habían subsistido. Trágica experiencia fue ésta en los afanes de hacer avanzar como frontera los límites de la cristiandad.

Nueva penetración misionera encabezó fray Junípero Serra con un grupo de franciscanos. La frontera de la cristiandad continuó moviéndose hacia el norte casi ya sin interrupción. A partir de San Diego, donde se fundó una misión en 1769, se llegó en menos de diez años hasta el puerto de San Francisco. Una primera frontera en el interior mismo de California surgió entonces. Los franciscanos quedaban al cargo de las misiones norteñas, en tanto que los dominicos sustituían a los jesuitas en la península. La nueva frontera separó ambos territorios de misión. En un lugar cercano al que hoy se conoce como Descanso, Francisco Palou marcó una roca como gran mojonera de las dos circunscripciones. Desde entonces se dijo que, al norte, se situaba la Nueva o Alta California y, al sur, la Antigua o Baja, la dueña primordial del mágico nombre de California.

⁷ Tal es el título de la clásica obra de Herbert Bolton, *Rim of Christendom, A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, Nueva York, The MacMillan Company, 1936.

LA PRESENCIA DE LOS RUSOS

Cuando comenzaba por fin a conocerse algo ya del interior de la Alta y la Baja California y se establecían en ellas misiones, puertos y presidios, nuevos acontecimientos iban a sacudir la realidad de las Californias. El embajador de España en la corte de San Petersburgo informó a Madrid de una inesperada penetración, la que efectuaban los rusos procedentes de Siberia. Con gracejo escribió acerca de esto el historiador jesuita Marcos Burriel:

Los rusianos o moscovitas, cuyo vastísimo imperio se extiende hasta las últimas tierras del Asia[...] y atravesado el Mar del Sur (es decir el Pacífico), hasta desembarcar en diversos parajes de nuestra América. En una de sus navegaciones, hecha en 1741, pusieron pie a tierra los rusianos en 55° y 36' de latitud de esta costa, es decir, en un sitio que sólo dista poco más de doce grados del cabo Blanco, último término conocido hasta ahora de nuestra California. ¿Por qué no podrán bajar en otras navegaciones los rusianos hasta el mismo cabo Blanco y hasta el cabo de San Lucas[...]?⁸

Y con igual ironía, provocada por la alarma, se preguntó también Burriel, si ¿convendría realmente al Rey Nuestro Señor que los moscovitas fueran vecinos de México y catequizaran a los indios según el ritual griego ortodoxo? El concepto de frontera, que en el caso de California mantenía hasta entonces el sentido de límites un tanto imprecisos entre las tierras y litorales en parte conocidos y aquéllos del todo incógnitos, empezó a adquirir nuevas significaciones. Éstas implicaban ya connotaciones geopolíticas.

Con la presencia rusa al norte y la creciente amenaza de incursiones de otras potencias, cabía pensar que surgirían impedimentos a la ulterior expansión hispano-mexicana en lo que se consideraba como ámbito propio de las Californias. De hecho los establecimientos rusos, como algunos fuertes, indicaban que esos territorios septentrionales estaban bajo la soberanía de otra potencia.

EXPLORACIONES PROMOVIDAS POR DIVERSOS PAÍSES Y APARICIÓN DE
FRONTERAS INTERNACIONALES

Nuevos viajes de exploración a lo largo de las costas noroccidentales del Nuevo Mundo comenzaron a emprenderse y ya no sólo desde puertos mexicanos. Dos fueron sus propósitos principales: esclarecer los enigmas

⁸ Este texto del padre Burriel se incluye en Miguel Venegas, *op. cit.*, t. III, p. 19.

geográficos que aún perduraban y asentar sobre bases firmes los títulos de soberanía de las potencias interesadas. Así se organizaron desde el puerto de San Blas en Nayarit viajes de exploración a partir de 1774. En ellos participaron, codo con codo, españoles y mexicanos. Pero también muy pronto, en 1778, un inglés, el capitán James Cook, procedente de las islas Hawai, tocó costas americanas cerca de 44° 30'. Navegando próximo a los litorales en busca también del pretendido estrecho que llevara al Atlántico, continuó con rumbo al norte hasta Alaska para entrar al fin en el estrecho que el capitán Vitus Behring, al servicio de Rusia, había descubierto desde 1728. La expedición de Cook, que por cierto se benefició de las informaciones aportadas por las anteriores exploraciones hispano mexicanas, iba a fortalecer las pretensiones geopolíticas de Inglaterra.

El gran océano Pacífico, tantas veces cruzado por los galeones de Manila y por otros navegantes españoles, entre ellos en ese tiempo, por los bien conocidos Francisco de la Bodega y Cuadra, Esteban José Martínez y Alejandro Malaspina, estaba ya cada vez más abierto a la penetración no sólo de rusos e ingleses sino también de franceses y de ciudadanos de la joven república que había adoptado el nombre de Estados Unidos de América.

Los rusos habían avanzado desde Alaska hacia el sur hasta establecer el fuerte Ross, no muchos kilómetros al norte de San Francisco. La Nueva España, es decir, lo que muy pronto iba a ser México, tenía ya fronteras internacionales con el imperio de los zares. A su vez, el francés François Galaup de la Pérouse incursionó en 1786 por las costas californianas antes de perderse para siempre en las islas del Mar del Sur. Los testimonios de La Pérouse, fruto de sus exploraciones geográficas, enviados a Francia antes de su naufragio, iban a mantener vivos los intereses de esta última potencia por acrecentar su penetración en el Pacífico. Inesperado para españoles, rusos, ingleses y mexicanos fue que en 1787 dos navíos de los Estados Unidos que, procedentes de Boston habían dado la vuelta al continente en su extremo sur, entraran en el puerto de Nutka como la cosa más natural.

Varios incidentes violentos llegaron a producirse entonces, como el que ocurrió en 1789 en Nutka, entre el capitán inglés James Colnett y el marino que había zarpado del puerto de San Blas en Nayarit, Esteban José Martínez. Este último apresó al inglés y se adueñó de sus barcos. El incidente por poco provocó una guerra entre España e Inglaterra.⁹ Esta última, que había perdido sus antiguas colonias americanas sobre el Atlántico, fijaba entonces su atención en los territorios vagamente conocidos

⁹ Acerca del llamado "incidente de Nutka", véase Hubert H. Bancroft, *History of the Northwest Coast*, 2 vols., San Francisco, 1884, t. I, pp. 204-238.

como las Californias. Los ingleses llegaron a pensar que el viaje efectuado por el corsario Francis Drake dos siglos antes y su desembarco cerca de San Francisco, en lo que llamó “Nueva Albión”, les daban títulos sobre esas tierras.

Las Californias que tenían ya, según vimos, desde 1769 una frontera interior, entre la Alta, a cargo de los misioneros franciscanos y la Baja, administrada por los dominicos, iban también a quedar limitadas por el norte y asimismo por el oriente. A la par que los establecimientos rusos continuaban expandiéndose hasta más allá del paralelo 54º, los ingleses que proseguían sus exploraciones al mando del capitán George Vancouver, obtuvieron ya de España que los territorios al sur de los ocupados por los rusos y al norte de las fundaciones españolas se consideraran campo abierto a su exploración y expansión. De este modo, con el paso del tiempo, el Dominio Británico del Canadá tuvo costas en el Pacífico. Por su parte, los Estados Unidos, entrado ya el siglo XIX, lograron que Inglaterra aceptara un convenio un tanto impreciso que iba a darles asimismo salida al océano a través del territorio de Óregon. Todo esto cristalizó muy pronto en varios tratados internacionales que afectarían para siempre el destino de frontera de las Californias.¹⁰

CUANDO LAS CALIFORNIAS ESTUVIERON A PUNTO DE DEJAR DE SER TIERRA DE FRONTERA

En vísperas de la independencia de México, a principios de 1819, los Estados Unidos, que habían logrado fijar sus límites norteños con el Dominio del Canadá, suscribieron otro tratado con España. Dicho tratado, que se conoce con varios nombres como “Tratado transcontinental” o “Tratado de Onís”, reconocía a los Estados Unidos la posesión de todos los territorios situados al norte del paralelo 42º en la Alta California. De esta suerte en su extremo septentrional el gran país de las Californias tuvo su primera frontera internacional, no ya imprecisa como antes con los rusos y los ingleses sino bien delimitada en virtud de dicho tratado. El mismo tratado se ratificó más tarde, en 1832, con México ya independizado.

Irónico suena que, sólo cuatro años después, al declararse independiente la provincia de Texas, los Estados Unidos buscaran alterar lo estipulado en ese tratado, pretendiendo su anexión. Esta se consumó en 1845 por simple decisión del más fuerte. Los propósitos de expansión de los Estados Unidos hacia el sur y el suroeste, en virtud de lo que se llamó

¹⁰ Sobre esta etapa de cambios en las fronteras septentrionales de la Nueva España, véase Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de...*, pp. 171-182.

“destino manifiesto”, se concentraron de modo especial en las Californias. En las elecciones presidenciales de 1844, el candidato que triunfó en ellas, James Polk, había proclamado como objetivos prioritarios la ocupación plena del territorio de Óregon que se suponía llegaba hasta los límites con los establecimientos rusos, así como la anexión definitiva de Texas y el avance hacia el Pacífico.

La guerra entre México y los Estados Unidos, desencadenada por tales ambiciones, fue simplemente de conquista. Para México significó la pérdida de más de la mitad de su ser geográfico. En las negociaciones los representantes de los Estados Unidos insistieron en la cesión de Nuevo México, la Alta y la Baja California. De haberse aceptado por México tales condiciones, las Californias hubieran pasado por entero a ser territorio de los Estados Unidos de América. En otras palabras, las Californias hubieran visto finiquitado su antiguo destino de frontera. Tal destino, que nació entre el mito y la realidad, hubiera desaparecido por completo en el caso de que un sólo país, que en menos de cien años iba a ser el más poderoso del planeta, se hubiera adueñado de las que se conocían como Alta y Baja California. Ello, sin embargo, no ocurrió.

Factor determinante fue la decidida defensa, dirigida a salvar para México la península californiana, llevada a cabo por los tres comisionados mexicanos cuyos nombres quiero aquí recordar, Bernardo Couto, Miguel Atristain y Luis Gonzaga Cuevas. De este modo una nueva frontera, esta vez internacional, separaba entre sí a las Californias. La Nueva o Alta pasaba a ser territorio estadounidense, la Antigua o Baja continuaba siendo mexicana.

Interesa recordar que, con el propósito de que fuera posible la comunicación por tierra entre el macizo continental mexicano y la península californiana, la antigua frontera establecida por el padre Francisco Palou entre las dos Californias hubo de recorrerse más de sesenta kilómetros hacia el norte. De este modo, debemos agradecer al esfuerzo de los comisionados mexicanos haber rescatado al menos una parte de lo que era la Alta California. En ella precisamente se yerguen las modernas ciudades de Tijuana, Tecate y Mexicali.

LAS CALIFORNIAS: EL GRAN RETO DE SU DESTINO DE FRONTERA

A través de centenares de años, por lo menos desde su mágico nacimiento en el mito indígena de la isla poblada de mujeres y del relato fabuloso de esa otra isla situada a la mano diestra de las Indias, California —o mejor ahora, las Californias— mantienen su destino de frontera. Las ciudades mexicanas que he mencionado, a lo largo de la línea internacional,

Tijuana, Tecate, Mexicali y, por supuesto, también Algodones, son las avanzadas en lo que hoy es tal vez la frontera con más grandes contrastes en el mundo.

A diferencia de las fronteras internacionales que existen entre Canadá y los Estados Unidos o entre los diversos países de Europa occidental donde la comunicación y cruce se efectúan casi sin restricción alguna, la frontera internacional de los Estados Unidos con México constituye realmente una demarcación que sólo pueden cruzar legalmente quienes ostentan ante las autoridades migratorias y aduaneras sus correspondientes pasaportes, “micas” u otros permisos. Desde luego que tales restricciones se aplican no a quienes vienen de los Estados Unidos sino a los que, desde México, se dirigen al vecino norteamericano. En esto ya es notorio un contraste muy grande.

Del elenco de los contrastes cabe recordar otros. Aquí en la línea divisoria de las Californias, como en el resto de la frontera, están los límites que dividen no ya sólo dos países sino dos grandes conjuntos de pueblos: los de Anglo-América y los de Ibero-América. Aunque hoy México y otros países iberoamericanos han consumado nueva forma de expansión hacia el norte a través de los millones de hispanos asentados sobre todo en el suroeste de los Estados Unidos, sigue siendo verdad que esta frontera, además de internacional, lo es entre dos formas de vida muy diferentes. De un lado, desde San Diego hasta Alaska, impera el inglés que, por cierto, hace muy poco fue declarado lengua oficial de Alta California; del otro, desde Tijuana hasta la Tierra del Fuego, se habla español y portugués en Brasil. Las lenguas indígenas, a su vez, si bien tienen mucho mayor número de hablantes en América Latina, perduran en ambos lados con diversos géneros de confinación interna. En los Estados Unidos mantienen limitada vigencia, circunscritas al ámbito de las reservas indígenas; en Ibero-América los gobiernos nacionales poco o nada han hecho por su cultivo y perduración. En la California mexicana no llegan ya a quinientas las personas que hablan una lengua nativa de la región. Como puede verse, el tema de las fronteras lingüísticas tiene más implicaciones de lo que a veces se piensa.

Atendamos a otros contrastes. En los Estados Unidos se desarrolla, con vigor que parece incontenible, una civilización de avanzada tecnología en la que el tiempo es dinero y la eficiencia, complementada con el consumismo y el confort, se antepone a todo. En la Alta California, con aceleración portentosa, tales cambios se iniciaron con el gran detonador que fue para los angloamericanos romper la frontera en busca de ese Dorado, atracción frenética de la que ellos conocen como “la fiebre del oro”. De este lado, en la California mexicana, el poblamiento masivo, mucho más reciente, significó —como certeramente lo vio Lázaro Cárdenas— el

rescate de la frontera.¹¹ Aquí se afianza también una nueva cultura que es fruto del encuentro entre los descendientes de quienes crearon las grandes civilizaciones indígenas y los que implantaron las formas de vida de España con su legado mediterráneo, latino y cristiano católico. Los asentamientos humanos de un lado y otro de estas dos Californias, que por tanto tiempo estuvieron unidas, son hoy muy diferentes, no sólo por sus rasgos urbanísticos y arquitectónicos. De un lado resalta la opulencia; del otro es visible la limitación de recursos, la crisis económica y aun, muchas veces, la miseria. Cruzar esta frontera es entrar a mundos de cultura a veces opuestos y casi siempre distintos: desde las formas e incluso los horarios de alimentación hasta la expresión de valores, creencias y esperanzas.

Pero, a la vez que existen tan grandes diferencias, está la otra realidad también imposible de suprimir. Es ella la de una colindancia, cercanía y vecindad inmediata. Significa esto que lo que ocurre de un lado a la corta o a la larga influye en el otro. Es esto válido en lo que toca a los recursos naturales, aguas, hidrocarburos, incluso sistemas de drenaje, comercio, industria, comunicaciones, movimientos migratorios, estructuras sociales y políticas. Coexistir, a lo largo de más de tres mil kilómetros, con tal suma de diferencias y a la vez en inescapable cercanía con múltiples formas de interacción, plantea un conjunto enorme de retos. En ocasiones surgen actitudes de antagonismo, rechazo, odio y desprecio.

Quiero citar aquí un artículo, recientemente escrito por quien fue presidente de Costa Rica, el premio Nobel de la Paz, Óscar Arias Sánchez. Intituló él su aportación "El muro de California". Tras referirse al gran conjunto de problemas que plantean las enormes diferencias entre los países del primer y tercer mundos, concentra la atención en lo que ocurre en no pocos lugares de la tierra, en donde inmigrantes indocumentados cruzan o tratan de cruzar las fronteras de los países ricos, en busca de trabajo y mejores condiciones de vida.

Como un ejemplo que en opinión de Óscar Arias puede llegar a ser dramático, aduce luego el caso de la frontera entre la California estadounidense y la mexicana. He aquí sus palabras:

¿Cómo no comparar la muralla de metal de tres metros de altura que se construye al sur de California, con el nefasto muro de Berlín? La única obra humana que un observador desde la Luna puede distinguir en la Tierra es la Gran Muralla China. ¿Acaso constataremos en pocos años que este Muro de California es el segundo objeto construido por el hombre que puede percibirse desde el espacio?¹²

¹¹ Lázaro Cárdenas, *Apuntes 1913-1940*, México, UNAM, 1980, t. I, p. 442.

¹² Óscar Arias Sánchez, "El muro de California", *Excélsior*, 2 de junio de 1992, p. 10 A.

Si con otra pregunta se quisiera abarcar el gran reto, habría que apuntar al futuro e inquirir sobre la posibilidad de alcanzar un destino de más afortunada convivencia, gracias a mejor concebidas relaciones fronterizas. La presencia de culturas diferentes puede ser origen de conflictos, pero también de intercambios positivos. Recordaré en este contexto que existe, con la participación de ambos países, la Comisión Cultural de las Californias.

California, hoy las Californias, sigue teniendo un destino de frontera. Afirmar esto es reconocer que en estas tierras perdura el reto pero con renovado y vital dinamismo. Ese reto que surgió desde que la California salió del mito para convertirse en realidad. Hoy, más que nunca, interesa ahondar, no en teoría sino atendiendo a esta realidad, en las múltiples significaciones de lo que se entiende por frontera, en lo geográfico, lo económico y lo cultural. Esta ha sido y es, entre otras cosas, señuelo de expansiones y también límite, barrera, muro y aun zanja que impide el paso. ¿No podrá llegar acaso el día en que la puerta se abra para intercambios justos, enriquecedores y fecundos entre seres humanos habitantes todos de un continente y un mismo planeta originalmente libre de tales fronteras?

